

## A LOS SOLTEROS MAYORES DE EDAD

Por el P. Miguel Selga S. J.

## El desfile de Bruselas

Será para siempre memorable en la historia el Congreso de cien mil jóvenes, que de todos los pueblos de Bélgica acudieron a Bruselas, en 1930. Este ejército imponente de jóvenes, que desfiló por las calles más céntricas de la gran urbe, con la frente altiva y en medio de la admiración curiosa de los espectadores, iba precedida de banderas flameantes y colosales divisas, en las que se podía leer este grito: "No profanemos el amor."

Jóvenes amigos, este cartel debería colocarse en todas las esquinas de nuestras grandes ciudades, en las plazas de todas las capitales de provincias, a la puerta de la iglesia de todos los pueblos y barrios, en el vestíbulo de todos los Colegios y Universidades, en el umbral de todos los hoteles, cines y teatros.

A nadie muere tanto el amor como a los jóvenes. El amor es un fuego que pone en ebullición y en movimiento sensaciones y energías viriles, que, bien dirigidas multiplican y embellecen las generaciones futuras, pero entregadas al desenfreno descomponen el equilibrio personal y empujan familias y estados a la catástrofe. El amor es como el viento en el mar: altera la quietud de las ondas. Para no perecer envuelto en las espizales de un viento huracanado, es preciso desplegar resistencia titánica. Para no quedar envuelto en las espirales de un amor rastrero, se necesita gran reserva de integridad sobrehumana. En el mar de esta vida, el amor ha sido para unos escollo, contra el cual se han roto muchas qui-

llas; para otros puerto bonancible, donde ha anclado seguro el bajel del hogar doméstico. Para todos el amor es un capital valiosísimo que se ha de ir consumiendo de por vida: unos lo invierten cuerdamente en operaciones, que reditúan felicidad a la familia y al estado: otros lo malgastan, rebajándolo al servicio del egoísmo y de las pasiones. El amor es una joya: la virtud la abrillanta: el vicio la profana y envilece. El amor verdadero es radiación que tonifica: al soplete del amor se purifica de la escoria brutal de la carne el espíritu volador que ansía subir: al contrario, el amorío es fuego fátuo que, apenas encendido, se extingue; los amoríos son los remos a cuyo empuje hiende la carne las aguas pútridas de los malos instintos. El amor leal es exuberante, como trigo plantado en tierra virgen, aromático como nacido en pleno sol, dulce como la caña cargada de azúcar, limpio como el agua cristalina que brota de la fuente.

Contra la profanación de este amor protestaban públicamente los jóvenes de Bruselas.

Joven amigo, reflexiona que el corazón humano es un verdadero hoyo, donde en vez de amor se esconde a veces el egoísmo, que sacrifica en su altar las alegrías más santas y aun las inocencias más puras. Ese joven profana el amor: el corazón de ese joven es horrible: de él escribió el poeta:

Yo me he asomado a las profundas simas

De la tierra y del cielo,

Y las he visto al fin, o con los ojos

O con el pensamiento;

Mas ¡ay! de un corazón llegué al abismo,

Y me incliné por verlo,

Y mi alma y mis ojos se turbaron:

¡Tan hondo era y tan negro!